

# LETRAS

# Letrillas

# LETRONES

## DIARIO INFINITESIMAL PAISAJES

“La hermana de Odiseo”, mis cejas se elevan y curvan, intrigadas, ¿una hermana de Ulises, de dónde salió?, “la hermana de Odiseo llámase Ctímena”, estoy leyendo de pie en la librería Blackwell, en Londres, “sólo está mencionada en el libro 15, versos 17-18, de la Odisea”. Averiguar algo así es delicioso. No sé si James Joyce hace aparecer alguna hermana del señor Bloom; no me acuerdo, pero no me late y creo que no.

Adquiero, desde luego, el comentario al poema de Homero; es minucioso, erudito, pesa poco en la maleta y, sí, es barato. Hay otro libro, no tan barato: la *Cronología* de Samuel Beckett, los hechos de su vida, mes por mes, incluidas desde las trivialidades, como que el 20 de diciembre de 1931 le confesó a su amigo MacGreevy que está relejendo *El Rojo y el Negro*, en su ejemplar, comprado originalmente en noviembre de 1926.

Dios, qué hacer con tanta erudición, exclamaba socarrón mi amigo fray Alberto Ezcurdia. Sea lo que sea, el hermético Beckett sigue obsesionando.

Como siempre, hay mucho que ver en Londres. Sin más ánimo que acreditar unas ojeadas aquí y allá, diré que en la National Gallery podía verse *Rebeldes y Mártires / Imagen del artista en el siglo XIX*, breve y nutritiva muestra de esa edad cuando, cosa rarísima, los artistas eran importantes, cuando política y estética,

estética y moral, estaban inseparablemente entrelazadas, y la pintura era temida. No como en este capitalismo desencantado en el que los artistas no le importan más de medio comino a nadie y la pintura es ya por completo, desde el punto de vista político y moral, una nada vacía.

En la exposición figura el luminoso *Buenos días, señor Courbet*, justamente célebre, que presenta al artista como peregrino en libertad, manumitido de las combatidas y aborrecidas —por bohemios y dandis— maneras burguesas. El cuadro es un milagro que se hace perdonar la reiterada observación de los reaccionarios que no quieren al gran artista revolucionario, Courbet, el amigo de Proudhon, que denuncia que el único que tiene sombra en la tela es el propio artista.

La exposición más frecuentada, sin embargo, está en la Tate Britain, y en ella cuelgan todos los cuadros de gran formato del más británico de los pintores, el paisajista John Constable. A mí, debo confesarlo, me daba la amenaza de algo de tedio visitar la muestra de esa archisabida “pintura de comedor burgués”. Cometía un craso error. La muestra me enseñó cosas, algunas de las cuales refiero a continuación.

Un buen paisaje es una especie de drama, una disputa relativamente estable y silenciosa, pero ¿cuál es el protagonista del

drama de todo paisaje, acusadamente de los de Constable? El protagonista del pausado teatro del paisaje es uno solo: la luz. El paisaje es como una escultura que se va tallando con luz. Y otra lección, más obvia: ¿cuánta parte del cuadro debe ocupar el cielo? Constable aprendió muy pronto que buena parte, la mitad de menos, aunque a menudo más que eso. Y el cielo no conviene plácido: en las nubes rizadas hay contienda, altercado titánico que presta vida al discurrir en tierra.

Además, todo paisaje es instantáneo, tiempo detenido, en un fluir que viene de algo y va hacia algo. Todo paisaje, por quieto que parezca, es heraclítico y refiere al pasar, al constante mudar, de cuanto es. Sin embargo, y paradójicamente, debe transmitir convicción de estabilidad y permanencia.

Ciertamente, los paisajes de



Constable, *View on the Stour near Dedham*, 1822

Constable tienen un mérito y es el transmitir la más sólida placidez, nirvana sensible y reposado. Y esto lo lograba el artista con la más severa artesanía; el proceso de cada enorme cuadro era éste: primero un rápido boceto, brioso, impresionista, de pequeñas dimensiones. Luego otro boceto, pero enorme, del tamaño de la tela definitiva (seis pies de largo, 1.82 metros), y ya entonces se emprendía el ataque al cuadro definitivo destinado a ser juzgado por la Royal Academy, rigurosa hasta el delirio.

Constable, al igual, supongo, que nuestro gran Velasco, dejaba, pues, poco espacio a la inspiración súbita, porque, en efecto, sostenía que la pintura era nada menos que una ciencia precisa, en la que había que saber cómo trasladar a la tela cada cosa, nube, camino, fronda, río, estanque, animal, piedra...

Y aquí el radio deja oír la canción cubana “yo no escondo a mi abuelita, no señor”, y eso me recuerda que es hora de irme. “Roma –decía Joyce con agresividad irlandesa– es un hombre que vive exhibiendo a los turistas el cadáver de su abuela.” –

– HUGO HIRIART

## VIDA LITERARIA

### LA ESPÍA A LA QUE LE MATABAN LOS GATOS

**C**éline, colaboracionista nazi. Villon, asesino. Neruda, estalinista. ¿Por qué deberíamos escandalizarnos que Elena Garro hubiera sido –si lo fue– una espía de Díaz Ordaz? Literariamente, por nada. A despecho del acongojado Eduardo Galeano y la ejemplar Heidi, no existe relación alguna entre la bondad y la buena literatura. Es en el terreno de la ética donde pueden mostrarse escozores, aunque la principal víctima de la confusa historia de espías en la que Garro ha sido nombrada protagonista –digna de un John Le Carré lobotomizado– parezca haber sido la propia escritora.

El pasado 12 de julio, el Instituto Federal de Acceso a la Información

Pública (IFAI) informó que habían sido “desclasificados” documentos del Archivo General de la Nación que revelaban la presencia de Garro en las filas de la contrainteligencia mexicana de la época del movimiento estudiantil de 1968, como informante de la patibularia Dirección Federal de Seguridad. Los documentos fueron solicitados por Alfredo Herrera Patiño, editor del sello independiente Verdehalago, quien, al no recibir respuesta positiva de las autoridades, solicitó la intervención del IFAI. Los papeles fueron, finalmente, liberados, y el escándalo comenzó: Garro, la escritora de los vestidos Dior, las perlas y el cabello platinado, la ex esposa de Octavio Paz y ex amante –o al menos amorosa corresponsal– de Adolfo Bioy Casares, había delatado ante el gobierno a buena parte de la clase intelectual de los años sesenta y llegado incluso a codearse con Lee Harvey Oswald, luego supuesto asesino de John F. Kennedy, quien hizo un viaje a México poco antes de dízque cometer el magnicidio.

No parece haber segundas intenciones aviesas en los trámites realizados por Herrera, cuyo propósito expreso es que su petición sienta jurisprudencia y permita que se abran los archivos de la “Guerra sucia” que libró el gobierno mexicano contra organizaciones de extrema izquierda en los años sesenta y setenta. “El fantasma de Elena Garro ronda todavía e impidió, nos impidió a todos, ver esa parte sustantiva de entrada”, afirma el editor en su *blog*.

Su declaración no ha impedido, desde luego, que algunos opinen –viene mucho esta temporada– que en el fondo del asunto yace, viscoso y palpitante, un complot... “Intentan desviar la atención pública del fraude electoral [...] amenazar a los intelectuales que apoyan a Andrés Manuel López Obrador”, le dijo la biógrafa Patricia Rosas a *La Jornada*. Para Rosas, Garro fue “una luchadora social” que sufrió persecución por sus ideales: su apoyo a los campesinos y al político priísta Carlos A. Madrazo (a quien reputa como un perredista *avant la lettre*).

Para otros, quizá menos militantes,

no resulta inimaginable que la escritora colaborara con el gobierno en tan equívoca trinchera. El cineasta Archibaldo Burns, amigo de Garro en la época, le dijo a *El Universal* que el asunto no le extrañaba ni tantito. “Elena y su hija inventaban muy malas historias de sus amigos y se reían luego a carcajadas [...] Elena hacía cosas muy extrañas.” El crítico Emmanuel Carballo, también cercano a Garro y a la vez participante en el movimiento del 68, se declaró “sorprendido” por las revelaciones, aunque aventuró: “Recuerdo que ella era una mujer muy revolucionaria, la más inteligente al hablar en las asambleas, y de pronto se volvió reaccionaria y apoyó de forma equivocada al gobierno [...] Ella era una mujer acostumbrada a la buena vida, entonces, cuando se separa de Octavio Paz [1963], necesita dinero para mantener su estilo de vida, e imagino que fue cuando entró a alguna negociación con el gobierno.”

Sin embargo, tanto Helena Paz Garro (hija del premio Nobel y la escritora) como Jesús Garro, su sobrino, refutan esas presunciones. “¿Cómo una espía del gobierno pudo terminar planchando y limpiando pisos para sobrevivir, cómo a una agente de la CIA se le pudo negar la entrada a Estados Unidos cuando huyó de la persecución de la que fue víctima?”, se pregunta éste último en *Excelsior*.

No parece haber una respuesta fácil. Garro, compleja y contradictoria (los más radicales la llaman loca todavía), negó en vida haber sido espía, pero también lo aceptó tácitamente. Lo mismo denunció que unos “guatemaltecos” torturaron y liquidaron a tres de sus gatos (los inolvidables compañeros *Juan Lanás*, *Humitos* y *Conradino*, presentes), que escribió un artículo en que culpaba a los “cobardes intelectuales de extrema izquierda” de haber conducido a la cándida juventud a la masacre de Tlatelolco. Lo mismo narra haber sido objeto de persecuciones por medio mundo, que llamaba al represor Fernando Gutiérrez Barrios “mi D’Artagnan, un joven espadachín que me salvó la vida durante tanto tiempo”.

¿Espía o loca? El problema es arduo

y cualquiera de sus explicaciones deja mal parada a la autora de *Recuerdos del porvenir* y, por supuesto, a sus mentores. “Lo otro [el espionaje], si lo hubo, es en gran parte culpa de la locura de quien haya considerado capacitada a una persona tan inconstante de realizar labores de contrainteligencia”, escribió Carlos Monsiváis en *Confabulario*. Seguro que sí.

Y también puede culparse a la pertenencia de Garro al medio literario nacional, siempre coqueto ante el poder, siempre ansioso de mimos, una beca, una embajada, un guiño, dinero, la sebosa amistad de un diputado.

Podrá culparse al Universo entero, pero nadie logrará, finalmente, escamotear la responsabilidad principal de Garro —loca o no— en su propia desgracia. Porque fue ella —y no Paz, Monsiváis, Carballo, Villoro, Zea, Castellanos, Cuevas, Lizalde o Carrington— quien pactó, por el motivo que fuera, con el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz y escribió aquellos artículos irreparables. Y fue ella, con sus ambigüedades y desatinos, quien consiguió que, en adelante, digamos: Céline, colaboracionista nazi; Villon, asesino; Neruda, estalinista; Elena Garro, espía de Díaz Ordaz. —

— ANTONIO ORTUÑO

## LECTURA

### EL PODER DE LA CONVERSACIÓN

Cada libro es como una cita, una promesa de cohabitación mental y convivencia, una conversación, un proyecto de vida, una promesa, un adorno mental. Las actas del simposio sobre *La mitología del cerdo*. *Las figuras de la biblioteca en la imaginación del siglo de oro español*, los *Poemas completos* de D.H. Lawrence; los *Diarios* de M.F.K. Fisher —la ensayista estadounidense que escribe sobre cocina y vida cotidiana—, el libro sobre *Europa* de Lucien Febvre, los ensayos de Germán Arciniegas o la prosa de Paul Celan. El comprador de libros no sólo los adquiere

para leerlos sino, por supuesto, para tenerlos, para saber que los puede leer. Entro y salgo de las librerías con un sentido de culpabilidad o de extrañeza: estoy aquí, por fin, estoy aquí, me digo, antes he visitado las librerías con los ojos del sueño y de la mente. También me siento un intruso: ¿Qué hago aquí? ¿Por qué he venido a cumplir este ritual de absurdo? ¿Por qué estos autores —digamos Michel de Montaigne, George Steiner o Paul Valéry— me son más cercanos y preciosos y más próximos que algunos miembros de mi familia, que mis conocidos, vecinos y amigos? ¿Por qué despilfarro fortunas en llevarme estos libros?

Un libro es una cita, una conversación, un libro lleva a otro: precisamente por eso en cada uno están presentes y ausentes los demás. Atravieso una gloria, y me doy cuenta de que yo mismo soy un crucero. Camino por el puente pero ¿no soy yo mismo un puente? ¿Qué es un puente? Un puente no está en ninguna orilla y sin embargo une las dos; no es el agua pero la atraviesa. Un puente está hecho para pasar. Nadie vive en un puente —aunque algunos pordioseros duermen bajo sus arcos. Un crítico literario, un ensayista, es un espectador que se ha hecho de su gusto por mirar un espacio. Es una persona-terrazza. Quizá los libros que compra son la materia prima para elevar ese mirador.

Libros: flechas y señales. A fuerza de reunir libros, se crea una biblioteca. Algo así como un panteón o una ciudad mental. Y es cierto: los suburbios, las *banlieue* devoran las ciudades contemporáneas, las interminables manchas urbanas. El origen literal de estas palabras es un buen auxiliar: *banlieue*: lugar donde viven los proscritos, lugar de proscripción: *ban-lieue*; suburbio: la ciudad de los inferiores, la población de los subsuelos, de los de abajo. La biblioteca-ciudad no escapa a estas connotaciones: lo ilegible crece, ay de aquellos que llevan lo ilegible en su corazón.

El ruido impide leer: Un libro es ¿quién no lo sabe? una bomba de silencio. Una biblioteca y un muro aislante



se parecen mucho; el papel funciona como el corcho: aísla del ruido. Así, la biblioteca está fuera de la historia o, al menos, se pone al margen de ella, la acepta a condición de transcribirla.

Se admiten periódicos, revistas y ¿por qué no? discos con música grabada. Incluso cabría aceptar discos con ruidos —como en la narración de George Steiner: *Desert Island Discs* (1992), a condición de que estén clasificados y organizados, claro, en función de un discurso subyacente que los eleve a la categoría de documento, parte de un código. O sea que el libro en última instancia no existe y es sólo una actitud. La actitud que lleva a contar historias y a oír las, a conversar. La historia, por ejemplo, del avaro previsor que, nacido a fines del siglo XIX, pensó que nunca llegaría al XXI y mandó hacer su lápida con su nombre: Fulanito (1896-19....) dejando libres las dos últimas cifras, pues pensaba morir en el XX, pero pasó el siglo, cumplió cien años y, sí, estaba contento de vivir, pero furioso por tener que volver a gastar y tener que comprar otra lápida. Historias, anécdotas, episodios, ideas, pensamientos, recuerdos, memorias, historias de guerra, las historias de las mujeres humilladas en público en la Francia librada de los alemanes, rapadas por haber accedido no sólo a acostarse con los invasores, sino por haberse vanagloriado de ello. No, no todos los alemanes eran duros, no todos eran nazis, algunos eran simplemente soldados profesionales que veían

con espanto de lo que eran capaces los jóvenes SS.

Pero en México no tuvimos guerra. ¿La cuestión judía?, ¿el poder nazi? Sólo conocimos ecos remotos. Hubo una revolución y luego una guerra cristera, y crímenes y hombres que eran sacados de su casa para ser fusilados de inmediato, y violencia y delaciones, y libros sobre los fusilamientos y libros sobre la traición y el heroísmo, y el amor entre las alambradas y sobre la locura llamada historia. Conocemos las historias de los desaparecidos, de los que se llevaron una noche y nunca volvieron. Porque finalmente decir libros es una forma de decir hombres, memorias humanas, y el que carga libros eso es lo que anda haciendo: llevando sobre sí el peso de la historia, la carga de la memoria y de la imaginación. Una carga tanto más grave y pesada cuanto que vivimos en una sociedad que idolatra el olvido, a pesar de que esté dispuesta a pagar millones para la conservación del patrimonio. Ciudades de amnesia a pesar de la comunicación y sus tecnologías. Quizá sólo estas sociedades tan complejamente uniformadas, tan sofisticadamente informadas gracias a *internet* podían haber inventado la soledad de nuestros siglos XX y XXI, el aislamiento de los desempleados, la orfandad, el miedo, aun la repugnancia que nos suscita lo humano, el terror a comunicarnos que precisamente los libros, los periódicos —ya no digamos las pantallas— ocultan. Terror a comunicarnos y terror también a estar solos. Porque la soledad inventada por la sociedad moderna nos prepara muy mal para poder resistir la antigua soledad creadora y contemplativa —y ahora ¿qué curioso, ¿no?, ¿no siempre ha sido así?— tenemos miedo de estar solos y de estar acompañados, miedo de cualquier cosa que no sea estar frente a una pantalla hipnotizados. Y hablar y escuchar, ¡vaya!, qué molestia, qué cansancio, qué flojera, qué poca... atención y compasión nos inspiran ahora nuestros prójimos.

Parecería necesario inventar una nueva conversación, “y la revolución que necesitamos hoy está en cambiar la

forma en que hablamos del fracaso”.<sup>1</sup> Las sociedades, lo sabemos, se fundan en las afinidades: en los cimientos de la ciudad está la amistad que produce pactos, alianzas, contratos. Me gustaría pensar que el lenguaje nació del placer y no de la necesidad, del gusto y la necesidad de compartirlo, por la voluntad de darle un futuro a cierta experiencia suficientemente placentera para cobrar un carácter trascendental. Ese gusto y placer está asociado al sentido —y transmitir el gusto sería transmitir el sentido. Pero en nuestros días de prisa, esclavitud asalariada, alimentos congelados, secularización mercantil, guerra económica, desempleo de por vida, rutina y supuesta falta de horizontes, la conversación está en decadencia, desfallece la palabra civilizada, y el mundo se ve reducido a los más diversos fundamentalismos —no por diversos menos compactos e intolerantes. La especialización —anota oportuna-

<sup>1</sup> Theodore Zeldin, *Conversation / How talk can change your life*, Londres, Harvill Press, 1999.

mente Zeldin—es otra forma de exclusión social. La imaginación de la utopía es invención de una nueva comunidad.

Vivimos una sociedad mercantil y especializada de donde quedan excluidos todos aquellos seres y circunstancias que no conducen a un provecho y rentabilidad inmediatos. La sociedad del trabajador y de la movilización total considera el ocio como un castigo. De ahí que los desocupados, con la reputación de excluidos, necesiten tanta ayuda: primero económica, luego psicológica.

Como una salida al agotamiento de la conversación actual, propone Zeldin hablar del fracaso. Hablar valientemente del fracaso y de los fracasados; hablar *con* los fracasados y derrotados; con los humillados y ofendidos. Asumir en alguna forma su punto de vista. Pero esto —¡cuidado!— no siempre implica hablar en primer lugar de los propios fracasos, dolores e insatisfacciones o —al menos— estar consciente de ellos.



Otra de las conversaciones agotadas, otra de las causas de la decadencia de la conversación, es que el discurso del amor está estancado. La retórica amorosa de que disponemos no nos sirve de mucho: el amor cortés, el cortejo, el vuelo romántico, los discursos del matrimonio burgués y pequeño burgués no han sido renovados por el cine y la televisión, de modo que nuestro desarrollo tecnológico hipertrofiado no corresponde a nuestras experiencias fragmentadas ni a unos discursos arcaicos dominados por la violencia. Es quizá la falta de un discurso sobre la amistad, la amistad amorosa, cristalice o no en una vida en pareja, lo que corroe desde su raíz a la sociedad.

La amistad es por supuesto el espacio de la conversación en su más alto grado de intimidad e intensidad, pero también es cierto que se pueden tener buenas conversaciones con quienes no son nuestros amigos más íntimos, y que incluso la intimidad puede llegar a ser un obstáculo para la libertad de la conversación. El Renacimiento y la Ilustración fueron momentos de gran conversación —y, añadiría yo, de libertad de costumbres. La conversación está, desde luego, asociada a las costumbres, a los valores y a los puntos de vista. Cambiar de conversación, iniciar una conversación, equivale a inventar una nueva red de costumbres, una “tercera naturaleza” para superar la segunda que ya no nos sirve. Sócrates, Cristo, iniciaron ¿quién lo dudará? otras conversaciones. ¿Una conversación fresca, nueva, es revolucionaria? Parecería que sí. También adúltera. Es relativamente sencillo —eso lo saben los maridos eternos— iniciar una nueva conversación con una nueva mujer: una nueva novela, una saga, un romance. Pero es más difícil mantener viva la conversación con la esposa (o la hermana), y todavía más mantener una intimidad amistosa con un amor imposible —aunque los amantes, si son cuidadosos, saben conservar su lengua fresca mucho tiempo. La mayoría de las personas cambia de trabajo por razones de dinero o de poder y prestigio. Existen, sin embargo, algunos casos en

que se cambia de trabajo (o de mujer) simplemente para cambiar, para seguir la conversación: para perseguirla.

Pero —como decía el peregrino irlandés—, si no podemos cambiar de país, cambiemos de conversación, aunque cambiar de país (de familia) sea ya hablar de otras cosas.

El mundo actual corre el riesgo de ser enormemente aburrido: de un lado, la especialización, la profesionalización, la transformación del ser humano en un instrumento de precisión incapaz de comunicarse con otras personas más primitivas, que son o le parecen herramientas y que aparecen ante él como cifras, caricaturas. La globalización: el mundo se estrecha, ya no hay tierra incógnita, sólo *Dios Abscondito*, un Dios que se oculta, *un silencio que no otorga*. El mundo como un gran hospital atendido por especialistas, y donde la frontera entre curandero, charlatán, sacerdote, político, todólogo y médico generalista se iría disolviendo. Las explosiones aventureras son substituidas por las implosiones de la clandestinidad y la transgresión. La nueva Torre de Babel es horizontal y se llama internet. Instrumento prodigioso de información, comunicación, dominio, conservación, piratería, confusión, guerra, guerrilla y desinformación, internet es el instrumento más refinado y amplio de la secularización. Casi parece natural que el colegio de sabios de la Torá, compuesto por los rabinos ultraortodoxos de Israel, denuncie que “el diablo se esconde en internet”. La condena rabínica recuerda el anatema lanzado por la misma organización hace tres décadas contra la televisión. El hecho de que internet y la televisión sean los dos brazos de una misma pinza enriquecería, en principio, la conversación. La experiencia nos lleva a ser escépticos sobre su florecimiento superficial, a la vista de la explosión de revistas y diarios que proveen conversación barata y desechable, envolturas mentales listas para ser habladas (*prêt-à-parler*) y abandonadas. Pero la conversación debe seguir. Las puertas están abiertas. Sólo hay que empujarlas. —

— ADOLFO CASTAÑÓN

## DEBER DE MEMORIA

### GÜNTER GRASS: CONCIENCIAS QUEBRADAS

La revelación de Günter Grass, en una entrevista en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* el 11 de agosto, de haber pertenecido a las Waffen-SS durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial ha desatado una tormenta política en Alemania. No es para menos: desde su imponente debut literario en 1959 con *El tambor de hojalata*, internacionalmente consagrado con el Premio Nobel en 1999, Grass ha ejercido durante décadas no sólo como el escritor alemán vivo más importante, sino como conciencia crítica del país, interviniendo una y otra vez en el debate público sin desdeñar el gesto jeremiaco y admonitorio. La tardía confesión ha suscitado amplias censuras; sus numerosos enemigos, que han soportado largamente su martillo, le niegan ahora toda autoridad moral y cívica, mientras que quienes comparten sus planteamientos tratan de aportar matices al debate. Puesto que el cainismo intelectual y la incomodidad con las visiones disidentes no son rasgo exclusivo de Alemania, puede ser útil atender a algunas líneas de la polémica: dicen mucho sobre la relación de la conciencia con la sociedad y sobre nuestro acercamiento a la memoria histórica.

Confío en que no requieran una discusión detenida las recusaciones más agresivas, las de aquellos que, como algún diputado democristiano o el ex presidente polaco Walesa, sostienen que debe retirársele el Nobel a Grass y que su obra “queda en ruinas”. La obra de Grass no pierde ni gana nada con este nuevo dato de su biografía. No tanto porque, como proclaman algunos en un sorprendente ataque de estetismo, la literatura tenga “sus propias leyes”, sino porque precisamente Grass destaca por mostrar en sus novelas (bastante más que en sus intervenciones públicas)



Foto: Christof Stache / AP/PHOTO

En el *graffiti* lleva la penitencia.

las inmensas zonas grises del paisaje moral, donde el negro y el blanco puros son excepcionales. Lo que se tambalea ahora no es lo que Grass dijera o escribiera sobre la equivocidad del trato con el pasado, sino su legitimidad personal para juzgar a otros cuando él mismo ha ocultado un hecho vergonzoso durante sesenta años.

Más inquietante resulta la concepción (frecuente en muchos críticos) de que la pertenencia a las Waffen-SS no tiene en sí misma importancia. La adscripción forzosa a este ejército paralelo era común desde el otoño de 1944, aunque la versión que da ahora Grass ha sido puesta en duda por historiadores de prestigio. Aun así, cualquiera puede haberse equivocado en el pasado, y lo grave ha sido la deshonestidad de Grass al actuar como conciencia moral del país (y con marcada intransigencia) mientras callaba sobre su participación. Pero despachar como irrelevante lo que lo ha atormentado tanto tiempo es tan mezquino como criticar acerbamente su silencio cuando al fin lo rompe. La banalización del pasado nacionalsocialista en Alemania suele basarse en dos grandes modelos reductivos, ambos insostenibles y perversos y además incompatibles entre sí. El primero sostiene que el pueblo alemán se vio arrastrado por la locura de un puñado de psicópatas, mientras que el grueso de la población mantuvo siempre su decencia. El segundo (que la distancia, el cinismo creciente,

y sobre todo la evidencia histórica de una extensa implicación van haciendo más popular) asume que, en mayor o menor medida, todo el mundo estuvo envuelto en el siniestro régimen, y que, como nadie está libre de pecado, es mejor no remover el asunto y mirar hacia adelante. La confesión de Grass sirve privilegiadamente a este modelo: si hasta el fustigador por excelencia estuvo en las SS, sólo algún hipócrita puede querer seguir escarbando en el pasado colectivo.

Lo que la figura ahora un tanto ensombrecida de Grass, pero sobre todo su obra intacta vienen a poner de manifiesto es otra cosa. En un artículo publicado hace tiempo en esta revista quise referirme a ello como *la proximidad del mal*: es la constatación de que el mundo moral no se divide en bandos inequívocos, sino que se compone de gestos precarios en un terreno resbaladizo, acechados siempre por la cobardía y la debilidad. Reconocerlo debe llevarnos a afinar nuestros juicios y a ampliar la comprensión, no a rendir la exigencia. No soy quién para juzgar a Grass ni su fascinación adolescente por la ideología nazi (que compartió con millones y nunca había ocultado). Me decepciona y entristece esa doblez de su conducta pública, pero éste es un asunto que le atañe a él como persona y poco afecta al debate en el que ha venido tomando parte. La fidelidad a la memoria histórica no consiste en condenar, desde la cómoda distancia del presente, las conductas poco airosas de quienes vivieron tiempos más sombríos. Pero sí en no olvidarlas, en diferenciarlas y en dejar claro, ante el ejemplo de aquellos que resistieron, que incluso entonces fue posible obrar de otra manera. Y hoy, cuando en Alemania va creciendo la tendencia a relativizar el nazismo, o en España el principal partido de la oposición se niega a condenar el Alzamiento y se permite despreciar en público el proyecto de la Segunda República, esta tarea se hace todavía más urgente. —

— IBON ZUBIAUR

en el  
**Instituto  
Mora**

**Cele  
bra  
mos**

**25**  
**Años de  
excelencia**

**en Historia y  
Ciencias Sociales**

diplomados • conciertos  
presentaciones de libros  
seminarios • conferencias  
talleres • exposiciones  
septiembre • diciembre 2006



[www.mora.edu.mx](http://www.mora.edu.mx)

## TIRADERO NOTAS DEL PARAÍSO

Entrevista con Mariano Soto “El Nahual de la Huisotla”, pepenador

*Para Gabino y Luisa,  
por el asalto al agua transparente.*

**A** un perro muerto, desecho, con las tripas para fuera, lo trato como a cualquier objeto. Tú no podrías hacer esto sin vomitarte; ahí está la diferencia. No es que tú tengas ojos verdes y yo cafés, ni que mis manos estén llenas de callos. Tú y yo somos diferentes; aparentas que somos iguales, te baces, pero a mí no me engañas: tú sabes que somos diferentes.

Mariano se agacha a recoger una bolsa de plástico negro arrojada fuera del camión de la basura. De la bolsa escurre un líquido ocre. Al olor ya estoy acostumbrado. Mariano, sin pudor, abre la bolsa: cáscaras de huevo, naranjas podridas, un frasco de perfume vacío, papel de baño usado, latas abiertas, bolsas de palomitas de microondas, un par de condones usados, un vaso roto, un celular sin pila. Las manos de Mariano, como las de un artista que conoce bien su oficio, hábilmente separan el plástico del metal, el vidrio del papel seco, el celular sin pila de las cáscaras de huevo. Mariano abre un costalito, que cuelga en medio del contenedor del camión verde, lleno de celulares huérfanos y arroja ahí su nuevo hallazgo.

*Lo que otros tiran a mí me sirve, lo que para otros es basura para mí no. Por ejemplo, las botellas de perfume vacías. Tú la tiras, yo la recojo, la limpio y se la vendo a otro que se dedica a rellenarla y se la vende a otro, que se la vende a tu novia como si fuera original y ella te la regala a ti. Yo sé todo de todos los del barrio en el que trabajo: que si es borracho, que si está enfermo y toma pastillas, que si no tienen lana porque tiran menos, y cuando tienen tiran todo: radios, teles, colchones, todo. Luego tiran hasta sus fotos. Ésas las agarro y me las llevo a mi casa, donde las tengo en un álbum. Algunos días me pongo a ojearlo y me doy cuenta cómo la vida de nosotros es bien diferente. Pero no te creas que es por el dinero, que, aunque luego nos falta, de vez en cuando basta nos sobra.*

Llegamos a una gran bodega donde

hacen fila unos cuarenta camiones verdes cargados de lo que ya no nos interesa. Uno a uno, grandes elefantes alzados en dos patas, depositan nuestros desechos en contenedores que bailan de un lado a otro, compactando todas las botellas de refresco, restos de pepino y zapatos viejos. Comienza el último viaje dentro de esta gigantesca embarcación. Nuestro olvido pasará por debajo del segundo piso del Periférico, en San Antonio, navegará por el Eje Cinco, frente a la plaza de toros y el Estadio Azul, partiendo la gran ciudad en dos. La nave repleta de recuerdos baja por Río de la Piedad, pasa por Pantitlán, Ciudad Neza y por los restos del lago, ahora chapoteaderos con ridículos nombres como Cola de Pato o La Regaladita. Allí, en el fin del mundo, junto al río de la mierda o Gran Canal, detrás del moderno Aeropuerto “Benito Juárez”, llegarán para ser sepultados, simplemente olvidados, la cabeza de tu muñeca, el arma del asesino, el cuerpo de tu perro muerto, todas las cáscaras. Lo que queda una vez que le sacamos todo el jugo. Ahí está: el desierito de lo olvidado, el tiradero.

*Mi mamá viene de Toluca y mi papá de por ahí, en el estado de Hidalgo, pero se fueron a encontrar en un tiradero que en aquellos tiempos estaba por la Huisotla. Yo nací en el tiradero de Santa Fe, frente a lo que hoy es la Universidad Iberoamericana. Ahí fue donde yo nací. Cuando yo estaba chiquito, me platica mi mamá, me ponía en una caja de cartón y ahí me tenía, a la orilla del viaje de la basura. Le decíamos viaje porque uno seleccionaba lo que todavía sirviera y hacía su bulto, luego venían algunos de los que tuvieran burros y se lo llevaban en carreta para vender; ya había algunos con camiones, pero se atascaban en los tiraderos y por eso usábamos los burros. Yo no bice ni la primaria ni nada, desde chiquito trabajo y trabajo, no supe lo que era la vida basta que cumplí los veinticinco años; nunca supe lo que era un antro, ni el cine, porque siempre estábamos en el tiradero. Se vivía muy bien, no faltaba nada, jugábamos al fútbol, teníamos iglesia, podías tener que un marranito, que un burro, y ni teníamos que darte de comer. Se vivía bien en el tiradero: la basura era nuestro paraíso. Y de ahí es de donde vivimos todavía, de la basura.*

Al tiradero se le llama hoy *relleno*



Escena cotidiana.

*sanitario*, una gran obra de ingeniería. Es una estampa apocalíptica: montañas tan altas como cinco hombres, con máquinas que parecen bestias, comprimiendo y apilando la basura. Tiene más de quince metros de alto el cerro creado por nuestro olvido. Camiones blancos cargados de tierra llegan y cubren para siempre lo que según nosotros ya no sirve. Las grandes máquinas, con sus nubes de humo negro, van y vienen tapando todo rastro de lo que antes valorábamos.

*Nos dicen que mugrosos, pepenadores, que comemos perros muertos, que comemos de lo peor; te tuercen la boca, te hacen un gesto y que baste pa allá, porque me ensucias. Se siente uno mal, la verdad es que sí incomoda, y aunque somos diferentes, los dos somos de carne y hueso, no hay por qué andarle buscando. La verdad a mí me gusta mi trabajo, aunque luego hay gente que me dice que es bien sucio y, pues, lógico. Pero, ora sí que es sagrado el trabajo de alguien; sí: es sagrado.*

A los pepenadores ahora se les dice recolectores y trabajan cuatro turnos, en una gran fábrica llamada planta de selección. Su trabajo es devolverle la vida a lo que nosotros damos por muerto. La planta trabaja veinticuatro horas al día. Estos doctores de nuestra sociedad viven en el anonimato, asilados de todos, como monjes haciendo un sacrificio. Los años pasarán y, cuando no se pueda seguir agrandando la montaña de desechos, cubrirán este panteón con árboles y flores, derribarán la gran fábrica y se llevarán el olvido a otra parte. Nosotros podremos ir a esas áreas verdes con olor a metano y putrefacción a pasar el día y a rendirle homenaje a nuestra nada... Y pensar que así nosotros, como la basura, nos convertiremos en polvo... en olvido. —

— SALOMÓN SCHYETER